

sólo existe previa y completa, sino que se recibe de una fuente autorizada. El Otro es esencial y Yo soy inesencial, mero hueco que El llena con su saber. Las verdades recibidas de Bouvard y Pécuchet, el sentido común de ciertos filósofos empiristas, el pragmatismo que intenta acordar mi verdad a la media estadística de las opiniones ajenas, serían variantes de aquel espíritu de seriedad.

El primer escenario de la productividad humana es el cuerpo, pasividad pura y transida por la actividad del ser. Tener un cuerpo es riesgoso en el mundo y da lugar a todos los pesimismos, pues el cuerpo es la limitación por excelencia de todos los proyectos, ya que constituye el haz de instrumentos primarios con que el ser sale al mundo en el momento del para-sí. Pero es por el ser que el riesgo nace en el mundo, él lo define y no lo acepta como un dato natural. Se instala, así, una cierta dialéctica entre el ser y el cuerpo que Sartre acota con estas palabras:

Yo no estoy *en mi cuerpo* ni detrás de él, tampoco *soy* mi cuerpo, pero tampoco soy *otra cosa* que mi cuerpo; yo lo existo (pág. 328).

El mundo es un campo de productividad inagotable gracias a que el ser posee inagotables carencias. Ser es crear, inscribir intencionalidades en la opacidad dada del mundo y, a partir de ellas (del ser-en-sí que se opaca al producirse) seguir creando, en una suerte de *condena a la producción*. Estos hallazgos productivos que los hombres se transmiten constituirán lo que, en textos posteriores, Sartre llamará *lo práctico-inerte*.

Como se vio antes en su lugar, el arte es la imagen privilegiada de esta actividad productiva. La obra de arte dibuja el mapa del Reino del Deseo, ese mundo total donde se realizan las fantasías de la libertad total. Símbolo y parodia mimética de la creación, el arte introduce en nosotros la sospecha de que hubo un Dios creador, que ese Dios muerto fue quien extrajo el ser de la nada sin extraer la nada del ser. *Le rien perce* la creación, susurra Valéry: la creación es como el queso de Emmenthal, definido por sus agujeros que parecen ojos (en la Argentina se lo llama, precisamente, «queso de ojo») pero que nada ven, sino que obligan a mirar en su perfecta oquedad. Queso de nada, sería mejor llamarlo.

Alteridad absoluta, imagen del Ser que está detrás de los seres, Dios es el modelo que permite a Sartre, sin quererlo, el frustrado viaje al mundo de la moral. Acotamos estas características de su aparecer:

1.º *El ser autofundado*: Dios se crea a sí mismo, pero lo creado por El se distingue del Creador, por definición, de modo que al crearse Dios crea lo Otro, o crea el Ser en la modalidad de lo Otro. El mundo como alteridad divina sería la imagen extrema de esta dualidad. En la misma persona del Creador, pues, existen los términos dialécticos del Ser y el Otro que dinamizan todas las variedades del Ser.

2.º *El ser absoluto*: Dios es absoluto, pero no como Creador, sino como proyecto de Dios. Lo absoluto es la pura positividad que abuele todas las distinciones. Es el ser puro, inmóvil, inexorable, intemporal, carente de calificaciones, cuya representación gráfica es la esfera de Parménides (cf. pág. 195). Es el ser que ha suprimido la nada y, por lo mismo, la creatividad, la homeostasis que aguarda al espíritu al final de la historia, según la cosmogonía hegeliana.

3.º *El objeto de la plegaria*: en la plegaria, el orante se constituye en objeto puro

de la mirada absoluta del sujeto absoluto, que es Dios. El orante es la trascendencia transcendida, la ofrenda del ser a la verdad absoluta que actúa como libertad absoluta y única, eliminando la del orante que la entrega como don.

Puesto que Dios todo lo sabe, las palabras de la plegaria son superfluas, pues transmiten sentimientos, deseos, entendimientos, que el Sujeto Absoluto conoce mejor que el orante. Por ello es que la plegaria tiene, casi siempre, un alto valor poético, porque es el lenguaje que no está sometido a la servidumbre de la comunicación.

Sartre ve en la plegaria un elemento de mala fe, ya que el orante quiere que Dios haga su Voluntad (la de Dios), pero que esta voluntad se confunda con la voluntad del orante, ya que rogar es también mandar. La astucia del orante es suponer que Dios es libre y que puede hacer una u otra cosa, es decir, que su astucia consiste en poner a Dios ante su propia libertad.

La plegaria es, también, producto de una situación límite originada por la impotencia. El orante intenta lograr, por medio de la plegaria, lo que no puede alcanzar por otros medios. Es una actitud desesperada (desespera de todos los medios propios) y optimista (confía en que Dios accederá a los ruegos). Sartre recuerda que, muy a menudo, los moribundos proclaman la bondad del mundo: cualquier juicio que pueda salvar al mundo de la nada es preferible a la aceptación de esa nadería.

4.º *Dios-mirada*: el Dios clásico es la mirada absoluta que crea el mundo y puede destruirlo, aunque podemos matizar y pensar que Dios no puede violar la legalidad del universo, pues es la legalidad que lo acredita como Creador, precisamente. Ante esta mirada compacta y plena, mi libertad de hombre no existe. Dios sabe todo lo que me ocurre y ocurrirá, de modo que, para El, toda mi vida es ya pasado. No caben en esa mirada mis proyectos ni mis fracasos, mis deseos ni mis fantasías.

Pero si pensamos en Dios como Creador de un Ser agujereado por la Nada, entonces cabe en su Creación, también, la mía. Me ha dejado los ojos del queso para que yo produzca algo, para que el futuro sea inédito y acepte mis proyectos, aunque sea bajo las especies del fracaso. Hasta es posible pensar en la curiosidad de Dios por la creatividad de su criatura, que completa la obra de la Creación operando en los desolados paisajes de la Nada.

En otro orden, la mirada de Dios asegura la existencia de lo universal, o si se prefiere, la existencia de cosas universales es una prueba de la existencia de Dios.

5.º *Dios-ente*: Dios se ve a sí mismo como necesario. No es pensable que Dios se origine en la contingencia, que pueda existir o no. No se ha extraído de tal contingencia, sino que se funda a sí mismo como necesidad absoluta. Aunque en el momento de crearse a sí mismo él pudo no crearse, en el momento sucesivo, que es esta eternidad suya que vivimos ahora, la contingencia ha sido abolida en materia de Dios. Lo que excede a estas relaciones de necesidad/contingencia es el Ser, porque aborda su propia nada y desaparece en ella para reaparecer en las especies del para-sí. El Ser, si se quiere, es más que Dios, es más matizado y más complejo. Dios, en última instancia, puede ser el hombre hecho hipóstasis de sí mismo como revelador. La Creación sería la caída del primer velo, lo cual, mirado desde el hoy histórico hacia atrás es la caída del último velo, de ese velo que deja al desnudo el Mito del Origen.

6.º *Dios, causa sui*: Dios tiene un entendimiento (el entendimiento divino de

Leibniz). Bien, pero (pregunta Sartre a Leibniz, ese panteísta del Ser): ¿Cómo puede el entendimiento divino concebir lo Otro, Dios Creador concebir a Dios Creado? Sabemos que Dios es la causa de sí mismo, pero entonces la imagen que puede producir es la de una persona subjetiva, ya que sería absurdo que intentara duplicar su existencia absoluta en un segundo absoluto que sería relativo al primero, o sea que no podría ser absoluto.

Sartre introduce en la noción de Dios también la alteridad que significa la nada frente al pleno ser. Si Dios ha creado un mundo productivo a partir de su nada, es porque él también es, en parte, nada, ya que el mundo está hecho a imagen y semejanza de Dios.

La Creación queda así dibujada como una parábola que va de un imponderable a otro: de la nada al orden ideal del ser que el hombre persigue sabiéndolo inalcanzable. Nadie puede superar este límite, pero tampoco tocarlo. Lo único que puede alterar esta carrera interminable es el fin del mundo, el Apocalipsis que, de pronto, preocupa a Sartre.

Hay una esperanza de indestructibilidad, de eternidad, de inmarcesibilidad en toda la construcción sartreana, que lo acerca a los panteístas del Ser como sus cuestionados Leibniz y Spinoza: la esperanza de que haya el Ser (con mayúscula) increado y productivo, anterior a la Creación y al Dios Creador, si es que El existe. Este Ser es una suerte de potencia creativa o genesiaca que el hombre asume, creándose al crear por medio de los mecanismos de la carencia antes analizados. He allí el atisbo de necesidad y de fundamento a esta existencia humana, de otro modo infundada y contingente: al Ser le hace falta el hombre como mediador de la creación de seres y esta creatividad se funda en la potencia creativa del Ser, que pasa por los infiernos de la Nada para instaurar el Paraíso Terrenal del para-sí. El Ser tiene que ser, debe realizarse, necesita del futuro para cumplirse. Pero no vamos a seguir por este camino pues el lector ya habrá advertido que es el punto de partida de la reflexión sartreana sobre la moral. Al fijar al Ser un deber (el tener que ser, el tener que realizarse creativamente por medio de la libertad que es negatividad) le estamos fijando un cometido ético. Por el Ser vamos a la moral, pero como hemos vuelto de la moral al Ser, el cuento parece de nunca acabar. Bien, pero, ¿no es ésta la gran virtud de Sartre, el contarnos un cuento de nunca acabar para que nosotros sigamos el hilo por nuestra cuenta, productivos y libres?

BLAS MATAMORO  
*Cuadernos Hispanoamericanos*